

1850 sencilla por lo general y religiosa, dió singulares muestras de regocijo y sus expresiones daban á entender que á ellos atribuían los males que habían sufrido, entregándose después á obsequiar y agasajar con singulares demostraciones de amor y de respeto á los Padres desterrados.

Llegados felizmente á Santa Marta el 24 de Junio, encontraron que el R. P. Visitador se había embarcado tres días antes con ocho sacerdotes (\*) y cuatro coadjutores con dirección á Jamaica, y los restantes aguardaban de un día á otro el buque que había de llevarles á Europa. Muy indeciso se halló el P. Freire sobre el camino que había de tomar él y sus súbditos, pues el P. Gil, sin ordenarlo categóricamente, había indicado que los de Medellín podían pasar el Istmo y embarcarse para Chile ó Bolivia, pero lo largo del viaje y la inseguridad de aquellas Repúblicas ofrecía graves dificultades. El Gobierno de la Nueva Granada le sacó pronto de la indecisión, negándose á costear el viaje, y careciendo ellos de recursos para hacerlo á su costa, determinaron seguir al P. Visitador á Jamaica y recibir allí sus órdenes inmediatas.

14.—Pasto  
y  
Popayan.

14)—Las inmensas distancias y fragosidad de los caminos hacían por aquel tiempo, y hacen hoy muy dificultosas y tardías las comunicaciones de la capital con las provincias del Sur de la República Neogranadina; sin embargo los correos se multiplican cuando así lo exigen las circunstancias. Cuando el Gobierno se determinó á dar decididamente el golpe de mano contra los Jesuitas, quiso tomar sus precauciones especialmente en Popayan y en Pasto, cuyo carácter tan belicoso como entusiasta por la religión, le daba

(\*) Eran estos los PP. Amoros, Assensi, Fernández, García, Parrondo, Sauri y Tornero, con los HH. Chacón, Fortún, Pares y Saracco.—Siete jóvenes escolares con cuatro sacerdotes y un H. Coadjutor pasaron á Francia.—(V. Ap. X.)

1850 que temer, y no sin razón, un levantamiento de aquellos remotos pueblos tan bien hallados con la enseñanza y demás ministerios de la Compañía. Acordó, pues, en primer lugar, trasladar el parque y las armas á otras ciudades lejanas y nombrar capitán general de las provincias del Sur á una persona enteramente suya y la más identificada con sus ideas y sentimientos: tal era el revolucionario Obando, llamado, como dijimos, del destierro, como el hombre más capaz para sostener el nuevo orden de cosas, al concluir su período el general López. Dicho plan no estaba tan secreto que no tuvieran conocimiento de él varios caballeros de Popayan, y así, al ver salir el parque y llegar Obando el 31 de Mayo, dieron ya por hecha la expulsión de la Compañía, tanto más, cuanto que estas señales venían en apoyo de las noticias que en cartas particulares se habían recibido en el último correo. «El rumor se difundió por todas partes, dice el Dr. Olano (\*) y una sola exclamación salió de todos los labios: está decretada la expulsión de los Jesuitas!! Un movimiento general de alarma, de consternación y de encono se sintió en toda la población. Al día siguiente llegó el correo, y después de habernos hecho aguardar dos mortales horas, se repartió la correspondencia, y la *Gaceta extraordinaria* del 21 de Mayo circuló por todas partes, arrancando un grito general de queja contra el Gobierno que destruía los más queridos y santos intereses del pueblo, y de indignación al leer que *los votos para Presidente se habían dado al General López para que expulsase á los Jesuitas*. Falso! exclamaron muchísimos de los más honrados de este pueblo: votamos por López, porque se nos aseguró que sostendría á los Jesuitas. Falso! exclamaban de todas partes, hemos sido engañados, se ha faltado á lo prometido.....» Tales fueron las primeras impresiones

(\*) Opúsculo sobre la expulsión de los Jesuitas de Popayan.

1850 que produjo en Popayan el decreto de expulsión: luego veremos mil otros episodios dignos de referirse.

El P. Blas se hallaba sin duda muy al cabo de todos los planes é intenciones del Gobierno respecto de la Compañía, y no era difícil, atento á que en Pasto no había enemigos y las autoridades civiles y militares amaban á los PP. con verdadero entusiasmo. Tenía además instrucciones del P. Visitador para pasar al Ecuador, donde tanto anhelaban por tener algunos Jesuitas, y allí reunir á los jóvenes estudiantes y novicios que se educaban en Popayan, medida que aunque el P. San-Roman en un principio creyó sin duda, ó inútil por no figurarse posible la expulsión ó imprudente por no exasperar antes de tiempo los ánimos de los Popayanenses, tuvo por fin que practicarla á última hora y á costa de muchos sufrimientos de todos los jóvenes. En vista, pues, de lo que pasaba y justamente temeroso de que frustrase Obando aquel plan, obligándoles á tomar el camino de Santa Marta, se determinó á pasar la frontera del Ecuador, antes de que el decreto llegara á Pasto, y el día 4 de Junio salió con sus tres compañeros dejando á aquella noble ciudad cubierta de luto y anegada en llanto. Dirigiéronse los desterrados á Ibarra, primera población de importancia, y más tarde creada sede episcopal por Pío IX, á petición de García Moreno. La entrada de los Padres en esta ciudad fué un verdadero triunfo: multitud de personas á pie y á caballo salieron á su encuentro á larga distancia: las calles estaban alfombradas de flores, y una verdadera lluvia de rosas caía sobre las cabezas del inmenso concurso, mientras los vítores y el alegre repique de campanas en todas las Iglesias daba á aquel día un aire de fiesta y júbilo extraordinario. Quedaron instalados en la casa que les habían preparado, recibiendo mil obsequios y demostraciones de cariño de aquella excelente población, que por primera vez los veía, y los PP. por su parte muy presto

comenzaron á corresponder de la manera que les era propia, es decir, trabajando en bien de las almas. 1850

Muy diverso era el aspecto que presentaba Popayan, en aquellos mismos días: no entraremos en detalles sobre las escenas verdaderamente conmovedoras que tuvieron lugar así en el Noviciado, como en el Seminario, entre los principales caballeros, las Señoras, los alumnos, los artesanos, toda clase de personas. El P. Visitador escribía desde Jamaica estas palabras refiriéndose á Bogotá: «En ninguna parte han mostrado más amor á la Compañía, más aprecio de sus ministerios, más gratitud á sus servicios, más dolor y aflicción por su pérdida». Pero si hemos de dar fe á los testigos oculares, cuyas relaciones tenemos á la vista, en nada fué inferior Popayan á la capital de la República, respecto del amor que manifestó á la Compañía y los esfuerzos que hizo para conservarla en su seno. En la tarde del día en que se publicó la proclama y decreto de expulsión, el Consejo de la Sociedad Popular (que la había en Popayan como en Bogotá y con las mismas ideas y tendencias opuestas á la democrática) acordó convocar para el día siguiente á todos los miembros de ella. La reunión fué tan numerosa, como no se había visto otra, engrosándose su número con los que aquel día cambiaron de opiniones, abandonando la democracia para afiliarse al partido netamente católico que defendía á los Jesuitas. Al abrirse la sesión, el Presidente declaró que, siendo de tan alta importancia el asunto de que iba á tratarse, podían tomar parte en la discusión todos los ciudadanos que quisieran. Los señores Julio y Sergio Arboleda hicieron moción para que se elevara una protesta contra el decreto; los Sres. Olano y Jaime Arroyo manifestaron que tal decreto del P. E. violaba la Constitución y las leyes y era en alto grado perjudicial al país. Pocos minutos bastaron para redactar y aprobar la protesta, la cual en breves momentos fué

1850 firmada por 800 ciudadanos. El entusiasmo había llegado al colmo: todos estaban convencidos de la ilegalidad del decreto: todos estaban indignados por la atrevida aserción de que la elección de López se había hecho para expulsar la Compañía. «Si en aquel momento, dice el Dr. Olano, un orador hubiera exclamado como Fox en el parlamento inglés: *en este caso la insurrección no es cuestión de derecho, sino de conveniencia*; seguro estoy de que esa masa compacta identificada por un solo pensamiento, por una sola indignación, se habría precipitado, aumentada por casi todo el pueblo, sobre los ejecutores del decreto. Bendita sea la Providencia que también puso en todos los ánimos el firme deseo de conservar la tranquilidad pública». Formaban la comisión destinada á presentar al Gobernador la protesta los cuatros caballeros arriba mencionados con otros cinco de los más calificados de la ciudad, los cuales fueron admitidos á la audiencia del magistrado aquella misma tarde, que la indignación de que todos se hallaban poseídos no daba lugar á rémoras; llevaba la palabra D. Julio Arboleda, quien quiso emplear toda la elocuencia enérgica y vehemente con que había atacado á la Compañía en las cámaras, para atacar la medida arbitraria y anti-constitucional tomada contra ella: sentó muy mal al Gobernador la energía y decisión de Arboleda, y tomó por injurias hechas al Presidente las verdades tan de bulto que se veía precisado á escuchar, por lo que llamó al orden al orador, y encendido en cólera dijo que él no permitía que en su presencia se insultara al Presidente. «V., Sr. Gobernador, tiene prisiones y cárceles, y puede mandarme juzgar; á mi me basta mi voz para defenderme», repuso Arboleda. Enconóse aún más el Gobernador y calificó de motín aquella representación. Viendo el Dr. Olano el giro que iba tomando el asunto y que por aquel camino se frustraría el fin que pretendían, con un tono calmado y suave expuso que su

representación se reducía á que no considerase más á los Jesuitas como tales, que ellos disolverían su comunidad, y vivirían como extranjeros naturalizados en el país. Repuesto un tanto de su enojo el magistrado respondió de buenas maneras que él también sentía su corazón lacerado, pero que había jurado obedecer las leyes y tenía deberes que cumplir. El Sr. Castrillón, Gobernador entonces del Cauca, era uno de esos hombres que no llevan sus buenas ideas y rectas intenciones hasta su término natural: por una parte había tenido el valor y generosidad cristiana para dar un hijo á la Compañía de Jesus, pero el interés ó la política le tenían esclavizado: no sólo no hace nada en favor de aquellos que en realidad apreciaba y cuyo amigo se había mostrado, sino que se retracta de su primera voluntad y arrebató casi por la fuerza del seno de la religión al hijo que había dado á Dios, á pesar de los votos que le ligaban.

Nada, pues, se consiguió con aquella protesta sino poner de manifiesto oficialmente que el Gobierno obraba contra la voluntad de la nación, lo cual, aunque en la práctica nada sirve, sirve, sí, y mucho para cubrir de oprobio á los gobiernos liberales, y dar luz á quien quiera ver. Divulgóse en un momento el mal éxito de aquella tentativa, perdióse la esperanza y al día siguiente Popayan amaneció de duelo: hombres y mujeres vestían de luto y una consternación universal se veía pintada en todos los rostros. Las matronas principales de aquella noble ciudad firmaron una protesta especial contra López por tratar de *letal y corruptora* la doctrina de los Jesuitas: quisóse hacer una nueva representación y con este motivo fué tal el concurso de hombres á casa del Dr. Castro, que Obando hasta entonces oculto, hubo de salir de su escondite, ir de uno á otro cuartel, tocar alarma y ponerse en estado de defensa, y aun pretendió aprisionar algunos caballeros más distinguidos

1850 por su amistad con los Jesuitas; pero todo no era más que un vano temor, ó mejor diríamos, alharacas liberales: nadie pensaba en impedir la salida de los PP. por medios violentos, sino en usar de su derecho de representación y evitar por medios pacíficos y legales una medida que todos reputaban como una gran calamidad para la República. Hizose la nueva representación seguida de firmas innumerables, fué presentada por el Dr. Castro, pero no obtuvo ninguna respuesta.

Entre tanto el decreto no había sido aún notificado oficialmente á los PP.; destinóse para eso el día 3 de Junio y fué comisionado al efecto el Jefe político D. Andrés Ceron: lo difícil fué encontrar un escribano que quisiese autorizar el acto, porque el Secretario á quien tocaba de oficio, D. José M. Rodríguez, presentó la renuncia de su destino antes que prestarse á ello. Fueron llamados otros dos que, por partidarios de López, se creía no se negarían; pero no sólo se negaron, sino que igualmente ofrecieron su renuncia. Si tal hacían los que figuraban como amigos del Gobierno, es claro que no habrían hecho menos los que no lo eran; para no llevar, pues, más desaires, se vieron precisados á nombrar á un abogado cualquiera, el que se prestase, solamente para aquel acto, y así se verificó la ceremonia oficial. La ejecución ofrecía en Popayan mayores dificultades, que en otras partes, primero porque Obando obligaba estrictamente á los expulsos á dirigirse á Santa Marta, atravesando la penosa é insalubre cordillera del Guanacas, y haciendo un camino de un mes, ya por tierra, ya por el Magdalena, cuando en una semana hubieran podido salir á las costas del Pacífico, dirigiéndose al puerto de Buenaventura. Lo segundo, por ser mayor el número de sujetos residentes en Popayan: eran 38 de los cuales sólo los doce europeos estaban comprendidos en el decreto de expulsión, contando con los PP. Francisco

Javier Hernáez y Ramón Solá que apenas llegados de Europa, tuvieron que tomar el camino del destierro, sin haber apenas descansado de tan largo viaje: todos los restantes eran jóvenes escolares y novicios granadinos, á quienes el Gobierno no sólo no costeaba el viaje, sino por el contrario tenía, como se vió, particular interés en impedirselo. Tomóse, pues, respecto de estos la resolución aconsejada por el R. P. Visitador y el P. Blas, á saber, que haciendo uso de la libertad en que les dejaba el decreto, pasasen al Ecuador á reunirse con los PP. de la residencia de Pasto. Dura pareció á todos los jóvenes aquella medida por haber de separarse de los PP. á quienes deseaban seguir á todo trance, y por quedar solos, sin más apoyo que el que podían prestarle las personas amigas, y expuestos á los ataques de los enemigos: presentían lo que en realidad sucedió; pero sin embargo, no se veía otro expediente en aquellos apurados momentos. Se logró que marcharan ocho, antes de la salida de los Padres europeos, y los restantes quedaron recomendados al Dr. Olano para que les facilitara el viaje, y al Padre Ignacio Boada, sacerdote Novicio, para que los ayudase y animase con su espíritu, ejemplo y mayor experiencia á sufrir las pruebas que Dios les tenía preparadas.

Arreglado así lo relativo á los jóvenes, el 6 de Junio partieron los PP. españoles acompañados de lo más granado de la ciudad en medio de las lágrimas y lamentos de aquel religioso pueblo que quedó sumido en verdadera desolación; pero quedaron aún dos Padres enfermos, cuya imposibilidad para seguir á sus compañeros, dió ocasión á un incidente característico de la intransigencia liberal. Habiendo oficiado el Padre San Román al Gobernador dándole cuenta de la enfermedad de los PP. Buján y Solá, que les imposibilitaba para emprender la marcha, pidió éste el informe de tres médicos: estos opinaron que era seguro

1850 que perderían la vida, si se ponían en camino; mas eran los tres conservadores y, por tanto, indignos de fe. Envió entonces el buen Gobernador tres médicos liberales, los cuales afortunadamente no estaban tan obcecados que negaran la verdad del juicio de los primeros. Esto bastó para que permaneciesen muy poco más en Popayan, pero no lo suficiente para convalecer enteramente y recobrar las fuerzas necesarias para un camino tan largo y tan penoso: á dos días se extendió la humanidad de aquellos hombres para con los dos religiosos enfermos que hubieron de salir escoltados y sufriendo lo que es de suponer en aquella situación. En todas partes recibían los desterrados las más finas demostraciones de amor; en todas partes eran despedidos con lágrimas y en todas partes maldecida la arbitrariedad del Gobierno impío de López. No podían soportar los partidarios de este, que iban custodiando á los PP., aquella diaria y casi continua condenación de la conducta del Gobierno, y procuraban desviarse de las poblaciones del tránsito; mas esto no siempre les fué posible. Al bajar á Neiva, una de las poblaciones más importantes de las muchas que están situadas á las riberas del Magdalena, aunque habían tenido los agentes del Gobierno la precaución de situar las balsas en que debían los Padres embarcarse dos leguas al Sur de la ciudad, para que no llegaran á esta por tierra, sino que pasasen de largo, sin embargo, fuera por estratagema de los que manejaban las débiles embarcaciones, ó que en realidad las arrastrara la corriente del río, es lo cierto que fueron á parar al puerto que da entrada á aquella capital de la Provincia del Tolima y los Jesuitas llegaron á ella por tierra. No les conocían más que por la fama los habitantes de Neiva, y sin embargo, fueron acogidos con tal entusiasmo, como si hubieran sido llamados para predicar una misión. El Vicario de la ciudad, Dr. D. Nicomedes Herrera, alcanzó, no sin

1850 dificultad, que descansasen allí tres días, organizó un solemne triduo, y los PP. descansaron con la satisfacción de dispensar el pasto espiritual á aquellas almas hambrientas de él, predicando y oyendo confesiones día y noche hasta el momento de su salida. Tal es el carácter de todos los pueblos hispano-americanos: llenos de fe y religiosidad; con el más ligero cultivo producen abundantísimos frutos de bendición. Si en nuestros tiempos se pudiera gozar de la libertad religiosa que se disfrutaba en los de la dominación española, otra sería la suerte de tantos pueblos hoy estériles por desmoralizados, esclavos á nombre de la falsa libertad moderna, diezmados y empobrecidos por la revolución.

Llegados á Ambalema, población rica y famosa por los exquisitos tabacos que allí se cultivan en las feraces vegas del río, no se les permitió saltar á tierra por temor de ver renovadas las escenas de amor y sentimiento; mas no por esto les faltaron obsequios, porque el pueblo en masa, á ejemplo de su excelente párroco el Dr. D. Bernardino Medina, después Obispo de Cartagena, se apresuró á tributárselos desde las márgenes del río, llevándoles cuanto podía serles útil para la prolija navegación que aún restaba. No se portaron con la misma piadosa generosidad las autoridades y habitantes de Honda: una sala de la casa municipal absolutamente desprovista de todo mueble, fué su alojamiento, y los alimentos hubieron de costeárselos D. Joaquín Borda y D. Fernando Camacho, amigos de los PP., que casualmente se hallaban en aquella ciudad; por lo demás, aquellos mezquinos agentes del Gobierno no tuvieron empacho de exigir á los sobredichos caballeros que pagasen también el precio de los champanes de que debían servirse hasta llegar al vapor: rasgo característico de empleados liberales. Aquí podemos decir que terminaron las emociones que continuamente habían venido agitando

1850 el corazón de los desterrados, á vista de tantas y tan sinceras manifestaciones de amor y de dolor de los pueblos, y de los malos tratamientos y conatos inútiles de las autoridades por reprimirlas. Embarcados en el vapor, continuaron tranquila y felizmente su viaje hasta Santa Marta: era el 6 de Julio, y aún no se habían embarcado ni los que estaban destinados á Europa, ni los de Medellín, que, como arriba digimos, tomarían el rumbo de Jamaica. Estos fueron los primeros en partir y solos siete días de navegación Dios quiso probarles con graves sufrimientos, y no precisamente por la furiosa tempestad que les desvió bien lejos del rumbo que llevaban, fenómeno nada raro en el mar de las Antillas, sino porque habiendo caído en manos de un capitán francés, masón fanático, instruido por sus hermanos del puerto de la calidad de las personas que llevaba á bordo, apenas salidos de la bahía, les mandó encerrar en la cala del buque, sin permitirles respirar el aire libre y alimentándoles con escasa y sucia vianda, contra toda razón, derecho y justicia, muy conforme, sí, con las leyes de la filantropía masónica.

15.—Los jóvenes Jesuitas en Popayan.

15)—Mas antes de seguir en su viaje á los que aún esperan embarcación en Santa Marta, volvamos á ver á los jóvenes que dejamos en Popayan. Estos en uso de la libertad que les daba el decreto de expulsión, se preparaban para marchar al Ecuador, según las instrucciones dadas al P. Boada y á su gran protector D. Antonino Olano: entretanto, pasaron algunos incidentes que detallaremos un poco más de lo que acostumbramos, porque nos parecen muy característicos del genio liberal. Cierta sacerdote de mucha influencia en Popayan, grande amigo de Obando, como se vió después, se mostraba tan amante y hasta entusiasta admirador de la Compañía, que no sabía separarse del Colegio, tomando siempre el mayor interés en cuanto tocaba á los PP. El mismo día de la salida de

1850 estos, bajo el pretexto de visitar á los jóvenes que se ocupaban en el arreglo de la casa, y á quienes en vano procuró persuadir que abandonasen su vocación, se apoderó de las pastas de algunas obras prohibidas que se habían recogido y entregado á las llamas aquellos mismos días, las presentó primero á Obando y luego, subiendo con ellas al púlpito y añadiendo á la traición la calumnia, las denunció al pueblo como un documento innegable de la maléfica doctrina que enseñaban los Jesuitas, y asegurando que él mismo había quemado aquellos libros, fuente de donde bebían el veneno que después propinaban á la incauta muchedumbre. Semejante á este es el fundamento que tienen las mil fábulas que el genio del mal ha inventado contra los hijos de la Compañía.

En la tarde de aquel mismo día se presentó el Gobernador en el Noviciado donde se hallaban estudiantes y novicios, para averiguar, decía, quienes habían quedado y el destino que pensaban tomar. Cerciorado de que todos estaban decididos resueltamente á seguir á los PP., los unos porque á ello les obligaban los votos, los otros por el amor á su vocación, trató de agotar todos los recursos de su elocuencia para disuadirles de aquella que él llamaba locura. Después de larga disputa sostenida con gran dignidad y fuerza de razones por parte de los jóvenes jesuitas y varios parientes suyos y amigos que les apoyaban, ¿cómo seguir, exclamó, á unos hombres odiados y perseguidos en todo el mundo? Ser aborrecidos por una gavilla de malvados, es más bien gloria, respondió el H. Castrillon, que, aunque sacado por la fuerza, como digimos, procuraba no separarse mientras podía de sus antiguos compañeros; y esta respuesta de su propio hijo dejó no poco desconcertado al Gobernador, que dejando aquel argumento apeló á otro que creyó más eficaz: esos mismos á quienes quereis seguir, os han abandonado aquí á vuestra suerte.—Abandonados